

Las voces de Cela

1

En los grandes escritores españoles, como lo es Camilo José Cela, se expresan las dos partes que constituyen la vida peninsular: la de lo permitido y la de lo prohibido; lo real y lo aparente; el mundo "respetable" y esa vida que transcurre al filo de las pasiones y del desbordamiento de los sentidos. Tal contraste es distintivo de una sociedad católica cuya historia se bifurca, a su vez, en dos capítulos fundamentales: el del cristianismo con ciertas libertades y el de una Iglesia persecutora de esas y de otras libertades que culturalmente se han definido en el tiempo de la Reforma y de la Contrarreforma.

Cañidas a su vida peninsular, sin ninguna relación externa, esas dos españas constituyen la parte medular de su literatura: personajes, dramas, voces y contrastes que durante siglos han reflejado la tendencia del español a concentrarse en sí mismo, sin más espejo que el de su propias contradicciones. Sólo allí es explicable la picaresca, desde su contraparte convencional. La respetabilidad, entendida a partir de los prejuicios de la España intolerante, genera no sólo al pícaro, sino a su Corte de milagros y a su lenguaje. Por eso el Lazarillo corre a la par del Licenciado Vidriera o junto a la Gitanilla de Miguel de Cervantes y aun el Quijote se aventura en esos dos mundos que sólo el sueño de Alonso Quijano consigue conciliar. Inseparables de la vida peninsular, esas dos partes integran su identidad porque así han convivido ambas, nutriéndose con la otra.

Ningún escritor contemporáneo podría superar el carácter aventurero o la riqueza descriptiva de la España del Siglo de Oro aunque sí, hombre de nuestro tiempo, recoger con paciencia y sabiduría su legado. De esta realidad, sin omitir las voces de las buhardillas, las de las cárceles o los burdeles y aquéllas que han vencido al tiempo en la orilla de la calle, Camilo José Cela ha elaborado un valiosísimo diccionario que oscila entre lo secreto y lo vedado.

Secreto, porque su carácter induce al lector a un íntimo enfrentamiento en donde, de una parte, está la página con sus términos groseros y sus ejemplos; de otra, un curioso explorador de voces/daga cuyo contenido asalta sus figuraciones al tiempo que salta a rasgar velos y prejuicios hasta dar al traste con el buen decir, con la finura social y aun con las barreras del inconsciente que naturalmente se interponen al filo cortante de ciertas palabras.

Vedado es, también, porque este vocabulario corresponde al universo de las trasgresiones deliberadas. Su uso, como el *streap tease*, no es individual ni privado. Así como la desnudez se llena de sentido en los ojos del testigo, así demandan oídos y coro las acepciones filosas. Ésa es la característica que las distingue del habla que, para precisarla, diremos que no avergüenza quizá porque su efecto sonoro no "desnuda" a su objeto como lo hacen las otras.

Decir "coño" en su ámbito coloquial es, sin duda, lo aceptable y común en una calle o en un bar español. Otra cosa es escribirlo con soltura análoga: las palabras, como las relaciones y sus actitudes, tienen sus espacios intransferibles; por eso, este idioma de viva oralidad no se aviene fácilmente con la escritura. En eso de conciliar acepciones secretas es más enérgico el ojo que el oído porque culturalmente hemos asimilado una suerte de respeto ancestral por la expresión escrita y casi ninguna consideración para el habla coloquial. No deja de vislumbrarse, en este aspecto, cómo el idioma nuestro cifra su capacidad trascendental en la escritura al tiempo que deslinda, como si se tratara de una vía paralela, lo efímero, sustituable y flexible del habla que se ensancha, se afila, se achata, se oculta o se descubre en la sociedad conforme a la vigencia de ciertas libertades.

2

Todo ha nombrado el idioma, aunque no todo se dice como la Academia lo indica. Mezcla de humor e ingenio, el uso verbal se las ha arreglado para vencer los obstáculos del moralismo y referir, sin enunciarlo, un acto grotesco, una actitud pícaro o situaciones indivisas de la apetencia sexual. Así se ha enriquecido, mediante las acepciones ocultas de la tradición oral, el castellano de siglos que más bien debería nombrarse español para que abarcara las proyecciones de lo proscrito y lo permitido; de la alocución directa y del giro aproximado, además de las vías paralelas por las que fluye el habla común.

Espejo de la dualidad hispana, el lenguaje ha reflejado los contrastes entre la religiosidad cerrada y el desbordamiento imaginativo de los sentidos que fundaron la gran tradición literaria de nuestro idioma. Conscientes de las argucias verbales de lo proscrito y de la fuerza expresiva del pueblo, los clásicos lo han sido porque, para crear, ninguno ha menospreciado el valor del oído como ingrediente de estilo. Sólo

un escritor agudo, por esta causa, pudo haber discurrido un *Diccionario secreto* que lo condujera al inaudito empeño, en varios y vastos tomos, de una *Enciclopedia de erotismo* hecha de voces/baúl, de palabras/sorpresa que, sin dejar de significar su objeto, conlleven sentidos alternos, divagados o sugeridos respecto del confuso e inabarcable universo de la sexualidad, cuya intención puede o no descender a la pornografía o quedarse en el impreciso lindero erótico.

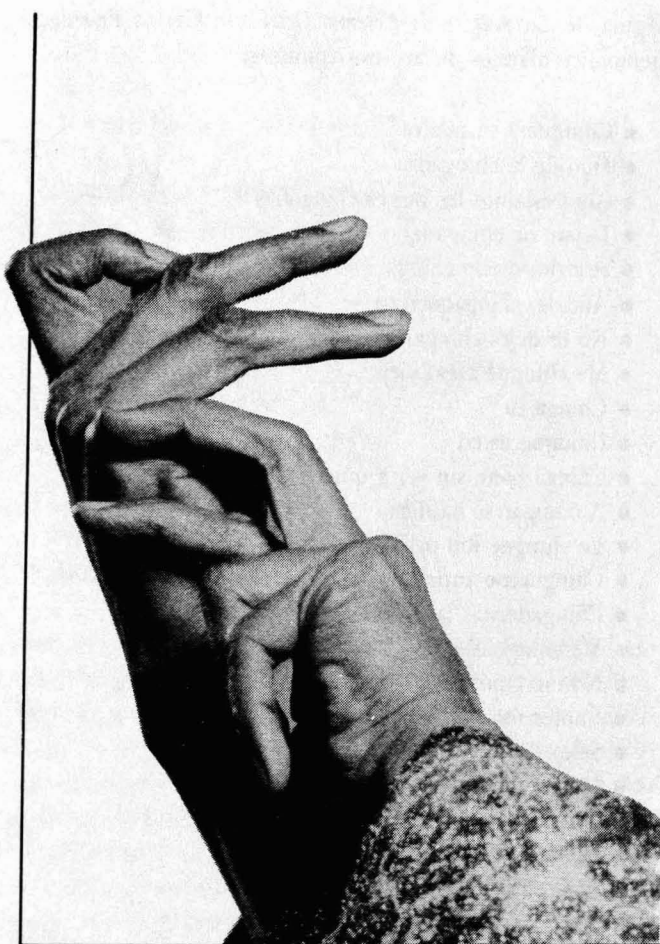
Tales palabras/sorpresa son claras al definir su objeto; empero, la voz del ingenio le confiere analogías sonoras, figurativas o metafóricas y poco a poco las va dotando de significación paralela. Durante este misterioso proceso, el vocabulario secreto se acomoda en el habla vulgar y allí se arraiga, en el confinamiento de sus deleites públicos. Del cuerno se ha dicho, a manera de ejemplo, que es un apéndice óseo que tienen animales como el toro, el ciervo o el rinoceronte. Tan famosa protuberancia, no obstante, que suele mostrarse por pares, ha estado lejos de distinguir a ciertos rumiantes ya que de tanto servir de emblema y símbolo del cornudo ha acabado por señalar, en la frente astada del distraído esposo, la infidelidad gozosa de su dulce y prudente esposa. "Sabed, vecinas..."—advirtió Quevedo—,

que mujeres y gallinas
todas ponemos:
unas cuernos y otras huevos.

Los gustos de Cela por las palabras son los de su antecesor Quevedo; a los dos les ciñe una misma pasión verbal, sus preferencias jocosas en una lengua que conocen de veras y, por sobre todo, ese afán suyo de esgrimir, sin temblores ni tartamudeos mojigatos, lo transgresor o pecaminoso en una España de sombras y hallazgos verbales. Igual que se trasluce el placer de la pluma en los *Poemas satíricos y burlescos*, así resalta el deleite de Cela al consignar las voces de su *Enciclopedia*. Acaso por ese obvio placer lingüístico le fue imposible incurrir en mojonos técnicos o en tediosas explicaciones para ofrecer, "sin remilgos de pudibundez", un compendio serio, documentado y rico en ejemplos de términos comunes y literarios, en especial procedentes de la Península.

Y "remilgos de pudibundez", precisamente, fueron las aportaciones de América a la antipicaresca. La cultura colonial se mantuvo alejada de los contrastes creativos de la Corona y cerca, demasiado cerca, de las imposiciones del clero: se multiplicaron los eruditos en las escasas escuelas, las beatas en las iglesias y los "persignados" en las ciudades. En vez de letras abundaron aduladores; repetidores, no críticos ni escritores; y, como norma de conducta, la cortesanía con su abundancia verbal y sus torceduras acomodaticias. Así se conformó un idioma mestizo con el mundo de los vencidos, los nombres del pecado y de la amenaza eterna, las voces del dominador y los términos auxiliares de quienes se beneficiaban en una sociedad de componendas y de afectaciones palaciegas.

Infecundos en lo que a ideas o a cuestiones artísticas se refiere, los llamados "mochos", sus beatas complementarias y los pudibundos cultivadores del clero inventaron un enredado código antisexual para enmascarar cuanto tuviera que ver con



sugerencias pecaminosas o provocativas. Vigente aún en el habla clasemediera de México, este vocabulario "decente" se arraigó tanto al uso común que, de no impedirlo la lucha de los liberales, pudo convertirse en dialecto. Combatir remanentes mojigatos de la Colonia fue una de las victorias de la Reforma. Décadas después, con el levantamiento armado de 1910, comenzó a propalarse el habla procaz y hasta las mujeres hicieron suyas las expresiones desdeñosas que, por sobre su sugerencia sexual, comunicaban una deliberada intención vejatoria.

Entre arcaísmos y neologismos, el lenguaje coloquial se transformó en arma blanca, en instrumento de venganza o en fácil recurso "para mandar a todos a chingar a su madre": revelador fenómeno en el que sentimientos y palabras proscritas estallaron con la revuelta armada para crear un mexicano nuevo, desparpajado a veces; bribón cuando se puede y en estado de alerta para que los demás "no le coman el mandado". Extensiva a numerosas conductas, la frase del macho decimonónico envalentonado por los desórdenes de la Revolución puede sugerir el trasfondo de un lenguaje coloquial contemporáneo conformado a partes iguales de resentimiento, inseguridad, violencia y propósitos transgresores: "te chingo para que no me chingues..."

De especial énfasis en el habla común de México, esa voz de caló que lo mismo es verbo que sustantivo, adjetivo o "blasón de la raza", el *chingar*—consignado oportunamente por Santa-
maría en su *Diccionario de mejicanismos*— fue incluido, con sus modalidades, en la obra de Cela. Apoyado en la conocida

página de *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, ejemplificó algunos de sus usos comunes:

- Chingue a su madre
- Hijo de la chingada
- Aquí estamos los meros chingones
- Déjate de chingaderas
- Ahorita me lo chingo
- Ándale, chingauquedito
- No te dejes chingar
- Me chingué a esa vieja
- Chinga tú
- Chingue usted
- Chinga bien, sin ver a quién
- A chingar se ha dicho
- Le chingué mil pesos
- Chínquense aunque truenen
- Chingaderitas las mías
- Me chingó el jefe
- No me chingues el día
- Vamos todos a la chingada
- Se lo llevó la chingada
- Me chingó pero no me rajo
- Se chingaron al indio
- Nos chingaron los gachupines
- Me chingan los gringos
- Viva México, hijos de su rechingada

Nunca, en México, ha podido asimilarse el idioma español; de sustantivos precarios y escasos verbos, el nuestro se ha constituido como un lenguaje de parches y de reflejos sociales. Pruebas de ello son las magras páginas novohispanas y la posterior y prolífica estirpe de beatas inventoras de un glosario para sordos y mojigatos. Congruentes con su sistema de ocultamientos, según lo evocara Guillermo Prieto, aquí “todo estaba saturado de un líquido de hipocresía que se filtraba en lo más íntimo”. Surgió el bribón y no el pícaro; del *Flos Sanctorum*, fuente casi única de figuraciones biográficas y sustituto piadoso del mundo de la novela, descendieron los ayudantes verbales de la intolerancia; del ámbito palaciego y de las contradicciones conventuales, una poética de serviles o de arcos triunfales y salvo Sor Juana, a fin de cuentas, ninguna literatura que depurara el lenguaje mestizo.

La pobreza lingüística, causa indudable de nuestras exiguas letras, ha sido la de una sociedad sin expresión ni identidad definidas. No hay que olvidar que la novela mexicana data del siglo XIX ni que los primeros escritores surgieron después de consumada la Independencia. España ya era rica en clásicos, en usos coloquiales, en obras innovadoras, en expresiones trasgresoras y en logros académicos cuando en América apenas se conquistaba la libertad para acceder a la lectura, a las ideas de la hora. Estas son las diferencias idiomáticas que, por asociación, pueden inferirse indirectamente de la *Enciclopedia del erotismo*, en cuyas páginas no solamente escasean americanismos, sino lo más dramático: nuestras aportaciones literarias a la cultura en castellano. ¿Y cómo no habrían de advertirse tales saltos continentales en los usos verbales si todavía arrastra-

mos secuelas coloniales? Una de ellas, ostensible, es esa sensación de extrañamiento ante las palabras que en vano pretende enmascararse mediante el abuso de las llamadas “malas palabras”. Así, sujeto y objeto se reducen a la repetición de voces con acepciones múltiples y poco o nada se expresa allí donde los prejuicios continúan reinando por sobre la claridad, el humor o las frases sugestivas.

Antecedente opuesto al uso verbal procax y vejatorio, esa suerte de sublenguaje que los mexicanos decimonónicos inventaron para señalar jerarquías sociales o para demostrar cuán púdicas eran sus lenguas llamó a las nalgas “asentaderas” y “trasero” al culo, quizás como extensión de un repudio secular al empleo del sustantivo, que todavía es perceptible en el habla contemporánea. Por alguna razón poco estudiada, el mexicano conserva una clara intolerancia a llamar las cosas por su nombre. Esta característica es transparente en las voces mojigatas que, desde los días de Guillermo Prieto, cubren el término sugerente de algo sexual con disfraces alusivos y siempre difíciles de entender. Por ejemplo, “blanquillos” equivale a huevos; de los impronunciabiles y viriles chorizos decían “unos tras otros”, se referían a los pechos como “pantallas”; en vez de morcilla compraban “amor en su silla” y usaban “arete” por bacínica.

En este medio idioma retrógrado quedaron selladas las razones de porqué el mexicano no pudo, como el español, burlarse o recrear términos religiosos o alusiones sexuales ni inventar usos idiomáticos liberadores, equivalentes al remoto, variado y creciente de la Corte de los milagros. Hasta el siglo XIX y aun después perduró el aparente recato del espíritu colonizado. Desde el siglo XVI, el mestizo se ha apoyado con torpeza en las palabras para dar, según lo evocara Guillermo Prieto, “un barniz pulcro a la conversación y a las relaciones con criadas, mandaderos, etc.”; barniz que en el XX ha comenzado a sustituirse con voces originadas en medios de analfabetas. Tales “desvergüenzas picarescas” han encontrado su natural acomodo en las expresiones procaces del español de México y, a partir de las letras de los años cuarenta, también en las páginas literarias.

La omisión de Salvador Novo, en obra tan acuciosa, no deja de ser lamentable. Ya se sabe que en esto de reconocer méritos los americanos aventajamos a los hispanos quizás porque nosotros, aislados como estamos del correo editorial, inclusive entre nuestras propias naciones, leemos a los escritores peninsulares con el doble afán de inquirir el lenguaje y legitimar una suerte de pertenencia al continente cultural, ensanchado por el idioma común. Prolífico en metáforas vejatorias y en figuras procaces, *Sátira. El libro ca...* tiene el doble mérito de mostrar el valor del término sugerido y el giro local de algunas palabras comunes. “Los agoristas”, por citar un ejemplo, contiene ese juego verbal que con frecuencia discurre el mexicano para zaherir sin el término preciso, aunque con idéntico resultado:





Dime ¿por qué razón, José, Benítez
a sacar a María del Mar-asmo,
si por mucho que puges aún no la has mo-
jado con tus quelites?

Si a su Mirlo te pones, no te quites;
y cuando en el idílico entusiasmo
ella te pida bis, dobla o pleonasmó,
métele el dedo, pero no recites.

¡Complicada mujer de quien escurre
por el suntuoso cuerpo de canela
genio y belleza clara en cuanto zurre!

Si alumbramiento no le da tu vela,
acude, acorre, acógete, recurre,
al juicio de Solón de Mel apela.

3

Poeta de filos reconocidos al clavar la voz allí donde el deseo, la pasión y el juego sexual hacen lo suyo por ocultarse, don Francisco de Quevedo y Villegas, caballero de la Orden de Santiago y señor de la Villa de la Torre de Juan Abad, como le placía presentarse en la carátula de sus libros, caló en el oído de Camilo José Cela para depositar en él y en su pluma los antiguos tesoros de ese idioma vivo, vivísimo, que la Academia ha sido renuente a aceptar. Imprescindible en la *Enciclopedia...* su presencia cabalga con los atributos populares de Logos:

Cuando tu madre te parió cornudo,
fue tu planeta un cuerno de la luna;
de madera de cuernos fue tu cuna,
y el castillejo un cuerno muy agudo.

Gastaste en dijés cuernos a menudo;
la leche que mamaste era cabruna;
diste un cuerno por armas la Fortuna
y un toro en el remate de tu escudo.

Hecho un corral de cuernos te contemplo;
cuernos pisas con pies de cornería;
a la mañana un cuerno te saluda.

Los cornudos en ti tienen un templo.
Pues, cornudo de ti, ¿dónde caminas,
siguiéndote una estrella tan cornuda?

Durante cuatrocientos años se han repetido numerosos versos satíricos de Quevedo. Su tono ha sido celebrado: que dominaba la lengua y que con ella forjaba figuras con la facilidad de la cera reblandecida; esto y cuanto tenga que ver con el reconocimiento a su invención verbal se ha dicho y escrito; sin embargo, tanto en su obra como en la picaresca o en el género erótico abundan palabras, chocarrerías o tabernarias, sugestivas o lo que entre nosotros llamamos de doble sentido, que han permanecido al margen del interés definitorio o que en su defecto aparecen en su obvia acepción, sin considerar que sustantivos, como cuerno, contienen un sinfín de alusiones abstractas o figurativas. Tales voces/sorpresa constituyen el mundo de las palabras malsonantes, terminajo sin máscara, vocablos que cortan como navaja o términos cuya sola mención podría despojar, a quien se dirige, de honor o de orgullo. La feroz "Diegada" que Salvador Novo escribiera en contra de Diego Rivera, no niega sus ligas quevedianas:

La diestra mano sin querer se ha herido
el berrendo del muro decorado,
y por primera vez tiene vendado
lo que antes tuvo nada más vendido.

Un suceso espantable es lo ocurrido;
descendió del andamio tan cansado,
que al granero se fue, soltó un mugido
y púsose a roncar aletargado.

Y una mosca inexperta e inocente,
aficionada a mierda y a pantano,
vino a revolotear sobre su frente.

Despertó de su sueño soberano
y al quererla aplastar -¡hado inclemente!
se empitonó la palma de la mano.

Que en los diccionarios se encuentran las voces, casi todas, no hay duda; empero, su deficiencia consiste en que la Academia mutila o anula, recorta u omite ya sea por conveniencia purista

o por no intrincarse en el laberinto de las acepciones burdas. De este modo han quedado, desde los días de Quevedo, dos idiomas o dos expresiones distintas de la misma lengua como si fuesen dos caras: secreta la una, cómoda la otra; versátil en su invención, de uso común e imprecisa por cuanto sugiere de complacencia verbal respecto de las cuestiones sexuales, la primera, y la segunda tan clara como refinada porque se trata del buen decir sin alusiones recónditas.

Fue lo erótico y "la esquina del conocimiento que lo contempla, la erótica, y su práctica deliberada, el erotismo" lo que, en principio, animó a Camilo José Cela a emprender la tarea de integrar un *Diccionario secreto* que recogiera esa presencia enérgica del uso coloquial que no se había agrupado ni compendiado en sus acepciones libidinosas. Empeño difícil, sin duda, porque el español está sembrado de proyecciones verbales que van de la sátira a la burla; y desde el humor más logrado hasta la chabacanería o la sola irreverencia. Además ¿dónde está la orilla que podría dividir lo pornográfico y falaz de lo propio del erotismo? En tratándose del idioma y de la habilidad para emplear las palabras es verdad conocida que "un libro obsceno es, simplemente, un libro mal escrito", como lo afirmó Raymond Poincaré, toda vez que por sí mismo nunca es obsceno o inmoral el talento, sino la sociedad o las mentes enfermas.

Tal fue un obstáculo permanente para Cela durante la realización de esta obra; deslindar el instinto puro, un estado bárbaro de apetencia y deseo sexual que suele expresarse con tonos y palabras obscenas; es decir, lo pornográfico o de pobre imaginación y el erotismo con todas sus posibilidades objetivas, subjetivas, oníricas, lúdicas y literarias. De su intencionado *Diccionario secreto*, Cela pasó al quehacer definitivo de una *Enciclopedia del erotismo*, precisamente porque su contenido, no obstante lo inevitable del signo inconformista que lo distingue, o de lo inaudito de su aventura en una sociedad habituada a la murmuración y a la doble vida —aun en lo verbal—, quedaría ceñido a una visión amplia, erudita y sobre todo tan sencilla como apreciable por su profusión de ejemplos agudamente extraídos del habla común o de nuestra mejor literatura en castellano.

Nada más comenzar a levantar los velos de la lingüística y del moralismo, desde los años sesenta, para darse cuenta de que una obra como ésta no era posible sin un deslinde entre la dispar trayectoria del erotismo y la pornografía. La llamada sexología, por su parte, fue descubierta por Cela como el refugio disfrazado de intelectual para vedar un supuesto análisis de actitudes o de conductas tenidas por pecaminosas, bajas, "y contrarias al necesario sosiego del cuerpo, del alma y de la sociedad."

Su encomiable empeño tiene una limitación que revela tanto la petulancia como el criterio cerrado del intelectual hispano; no obstante preciarse de haber explorado el acervo de Hispanoamérica, prácticamente pasó por alto el que aquí las voces libidinosas se disfrazan de mojigatas o se revisten de procacidad, pero no fluyen con el humor distintivo del habla peninsular. Importante omisión la suya porque revela cuán alejada está su cultura local de la del idioma en el mundo.

Leer, en América, la *Enciclopedia del erotismo* equivale a

establecer semejanzas y diferencias con el español europeo: una misma lengua, sí, como recipientes análogos para recaudos distintos. Y es que, también en las voces relativas a la sensualidad y a la sexualidad, el habla hispanoamericana está reflejando las violentas modificaciones de su historia. Es lástima que Cela ignorara, con la de algunos otros contemporáneos, la obra de Novo ya que en su ya mencionada *Sátira*, particularmente, se vislumbra algo de esa feroz procacidad coloquial, mexicana en este caso, que poco a poco se acomoda entre sustantivos y nombres propios. Escritos entre los años 20 y 50, sus versos satíricos fueron reunidos y publicados, póstumamente, en 1978 y todavía escandalizan por su agresividad.

En la versatilidad del habla proscrita pueden advertirse la rebeldía popular y los móviles de sus transgresiones. El uso verbal, por eso, es también un instrumento para conocer la condición espiritual de una sociedad. Impensable durante la última dictadura española, la tarea filológica de Cela comienza donde Franco declina y asciende con las modificaciones que van del periodo de transición al triunfo socialista. Desde el punto de vista político, el *Diccionario secreto* es un natural antecedente de la *Enciclopedia del erotismo* y ésta de los juegos verbales en torno de la sexología y de lo que entre burlas y veras se reúne ya bajo el rubro de "Ciencias cachondas".

En lo que a los americanos respecta, las raíces coloniales nos han impedido reconocer nuestra enorme aportación de voces al español contemporáneo. Aquí, a diario y de modo casi imperceptible —desde luego sin que los académicos lo adviertan—, el idioma se afila en las calles con inaudita agresividad y los efectos verbales se van sumando a los políticos. Mal haríamos en reprochar las omisiones de Cela si aquí mismo han hecho lo propio académicos y filólogos locales.

Más de una reflexión suscita esta pasión verbal de Camilo José Cela. Salta a la vista, desde luego, cómo en España existe, sedimentado en su cultura, un modo verbal que hasta ahora se consigna en lexicón, aunque refleja con agudeza su dualidad distintiva. Contrapunto de tal claridad, destacan el universo de las palabras vedadas en nuestra América y las connaturales deficiencias sustantivas: siglos y siglos de ignorancia brotan cada vez que un hispanohablante colonizado pretende decir cualquier cosa. Si de objetos comunes y sencillos se trata, el marginado desconoce sus nombres; en relación a las ideas, a su organización sintáctica o a la necesidad de precisar términos, el hispanoamericano instruido tiende a tartajear porque tampoco él conoce con exactitud las palabras y ese temor a equivocarse lo obliga a buscar mentalmente cada nombre, cada término expresado. Tenemos un idioma común, aunque no compartimos la fluidez peninsular acaso porque estas palabras adquiridas durante el proceso colonial no han conseguido fundirse al carácter espiritual de nuestros pueblos.

Además de su grato placer verbal, las voces de Cela parecen confirmar la realidad dramáticamente advertida por León Felipe: los mexicanos son gramáticos; los españoles, escritores. Para quienes auscultamos el trasfondo de las palabras esto significa que ellos son creadores por su dominio lingüístico; nosotros, exploradores de diccionarios... ¿Coincidirían con él Borges, Carpentier, Pellicer, Neruda, Reyes, Darío...? ◇